

PARTE QUINTA.

INFLUENCIA DE LA NOVELA.

CAPÍTULO XII.

Influencia que la finalidad de la novela española contemporánea ejerce en *Echegaray*. — Paréntesis: *Fra Filippo Lippi*, novela de Emilio Castelar. — *Echegaray* lleva al teatro la finalidad político-religiosa. — *En el pilar y en la cruz*.

Echegaray ha sido un lector de novelas como hasta ahora ha habido pocos en España. Bien se puede asegurar que su pasión favorita en la literatura ha sido ésta, siendo infinitas las novelas que ha leído. Le encantaban las novelas inglesas con su viva pintura de otros tiempos; las francesas con su influencia social, sus dramas de familia, su análisis de las pasiones humanas; las portuguesas con sus terribles problemas antiguos y modernos; hallando en todas ellas pasto á una inteligencia devoradora que no encontraba límites á sus anhelos, ni satisfacción á sus apetitos.

Echegaray ha sido partidario siempre de lo extraordinario, de lo grandioso, de lo fenomenal; y con estas aficiones, difícil era que hallase placer en otro género

que en el novelesco, en el que parece haberse agotado todo lo que puede inventar y crear el delirio de la inteligencia humana.

España, en cuanto á esto, poco bueno podia ofrecerle. Nuestra novela ha sido durante lo que va de siglo todo lo más disparatado y antiartístico que figurarse puede; y habiendo tenido ingenios novelescos de primer orden como Fernandez y Gonzalez, no teníamos una novela que traspasase los límites de lo bueno. Acaso á la revolucion de Setiembre se debe el progreso que la novela ha alcanzado entre nosotros. La nueva campaña inicióse con la pintura de un carácter, *El Audaz*, siguiendo con más remontados vuelos Juan Valera con su *Pepita Jimenez* y Alarcon con su *Sombrero de los tres picos* y *El Escándalo*. Poco despues la novela llegó á su apogeo; Benito Perez Galdós ha dado á luz su bellísima *Gloria*, llamada á inmortalizar su nombre y á honrar, como no lo estaba hasta ahora, nuestra novela en el presente siglo. Galdós tuvo el feliz pensamiento de llevar á la novela la finalidad religiosa, y además, el acierto de encarnarla admirablemente en una trama interesante y bella. De aquí resultó *Gloria*, novela que ni á pedir de boca pudiera encontrarse mejor.

Por otro camino, no ménos importante, condujo la novela el más grande de nuestros escritores, Emilio Castelar, al cual rindo el más ardiente culto de afecto y admiracion, escribiendo *Fra Filippo Lippi*, su obra más genial, más pensada, más grandiosa y más completa. En ella adquirió la prosa española, de este siglo,

su más alta perfeccion y mostró Castelar cómo puede su ingenio concebir y desarrollar la más interesante accion dramática, novelesca, trágica. Pero como tenemos la manía los españoles de juzgar por lo que otros dicen, sin tomarnos la molestia de leer la obra que juzgamos, hemos dado en la costumbre de aplaudir á ton-tas y á locas, aunque en esta ocasion muy justamente, todos los discursos de Castelar, sin hacer caso de sus obras, creyendo que son accesorios ó entretenimientos de un genio prepotente; y por tal concepto apénas existen media docena de españoles que hayamos leído y juzgado con algun acierto el libro más grandioso del sin rival orador, titulado *Fra Filippo Lippi*. ¿Qué es *Fra Filippo Lippi*? ¿Qué representa? ¿Cuál es su destino? Hé aquí lo que importa saber y lo que vamos á decir de paso, tomando para ello nuestros conceptos del genio mismo de la obra, que hemos leído y releído infinitas veces, y cada una con más satisfaccion y más íntimo contento.

La concepcion de este precioso libro, de este monumental poema, es de lo más grande, de lo más elevado y sublime que puede imaginarse. Resucitar la historia y el movimiento de una época fecunda en sucesos maravillosos; despertar de su letargo seres y entidades que fueron en otros tiempos tipos de grandeza y esplendor; presentar en animados cuadros y magníficos episodios el espectáculo del renacimiento de las artes en Italia, cuyos beneficios recogió y ha conservado el mundo entero; hacer á la historia acudir sumisa á depositar en

páginas brillantes los tesoros de su sabiduría, para engarzar en ella los no ménos ricos de una imaginación esplendorosa, de un talento profundo y exquisitamente sazonado, de un genio sobrenatural; servirse de las pasiones y de los afectos de los hombres, combinarlos, enlazarlos, conspirando á un mismo fin; llamar en su auxilio á las artes y á las ciencias, á la poesía y á la música, y unir tan distintos elementos en un todo completo, armónico, admirable; esto es lo que ha hecho el autor de *Fra Filippo* al escribir su obra, que ha de ser inmortal.

Encarnando, personificando en un tipo especial y característico, que es el héroe del poema, los rasgos de una nacionalidad, ha conseguido fotografiar toda una época, todo un pueblo con sus costumbres, con sus grandezas y miserias, con sus vicios y virtudes, con su idiosincrasia y su carácter, que reflejan los del protagonista de la fábula, como una concentración infinita de sentimientos y de ideas, que permite contemplar el vasto panorama que despliega á nuestra vista, reducido á sus más diminutas proporciones, á la miniatura; pero sin que por eso pierda nada de la exactitud de los detalles, de la regularidad de los contornos, de la propiedad de las figuras, y de la magnificencia y los encantos de la perspectiva.

De este modo, *Fra Filippo* no es solamente el héroe de una historia novelesca, es la misma historia; representa un pueblo y una época, y por eso se le ve siempre en constante contradicción consigo mismo, incom-

previsible, voluble; pensando hoy una cosa y mañana otra; sintiendo de distinto modo á la mañana que al medio día, y volviendo á sentir á la tarde como el día anterior; haciendo propósitos firmísimos que luego no ha de cumplir; maquinando intrigas; proyectando aventuras que ha de abandonar, para atender y seguir las que, sin querer él, le persiguen y le envuelven; amando lo aborrecible ó aborreciendo lo adorable; errando á cada instante, equivocándose obstinadamente y acertando sin sospecharlo; juguete de sus pasiones; esclavo de su imaginación; hombre valiente, honrado, leal, galante y comedido, y al mismo tiempo medroso, criminal, traidor, descortés y desvergonzado; adornado de todas las virtudes, aún las más heroicas, y enfangado en todos los vicios, hasta en los más vergonzosos; mezcla del ser y del no ser; imagen de un revuelto mar donde luchan encontradas corrientes; remedo de la tempestad que origina el relámpago que ilumina brevemente, el trueno que espanta é impone pavor, y el rayo que mata y aniquila.

Figúrese el lector un cuento interesante y dramático; una historia sentimental, en la que, alternando, se empujan y suceden las descripciones más poéticas y verdaderas; las pinturas de caracteres y costumbres de una época; los rasgos de ingenio y de imaginación más brillantes y felices; todo esto envuelto en una filosofía puramente racional y humana, adornada de la elocuencia más exuberante y persuasiva, y tendrá una idea aproximada de lo que es la obra *Fra Filippo Lippi*. Bajo

el mágico poder de la fantasía de Castelar resucitan la época y los personajes de la novela; obran como si fueran vivos; aparecen los lugares y los sucesos tales como si se estuvieran realizando en el momento presente, y el lector cree, no que se traslada con el pensamiento á aquellos tiempos y aquellos parajes, sino que se le presenta delante, afectando sus sentidos todos, viendo, oyendo, tocando lo que lee; aturdiéndose con el ruido de las fiestas y de los combates; sintiendo su alma presa de lánguida melancolía en la pintura de la soledad; elevando su razón por cima de todas las preocupaciones con las teorías filosóficas que hieren su mente; nutriéndose su corazón con las escenas de amor y ternura; sintiéndose capaz de todo lo grande, á cuya realización asiste; viviendo la vida de los grandes hombres, con cuya historia se identifica; pensando como ellos; amando y aborreciendo lo que ellos aman y aborrecen; abrigando sus ideas, sus pensamientos, sus preocupaciones; pasando del cráter de un volcán á la nevada cima de la enhiesta montaña; anegándose en torrentes de luz y vagando por entre espesas tinieblas; adivinando todas las dulzuras y vistiendo mantos de arminio y brocados, que todo esto hace experimentar la historia de ese tipo universal, de esa singular creación, mezcla de fe y de escepticismo, de piedad é impiedad, de amor é impureza, de impotencia y poder, de divino y humano, que se llama *Fra Filippo Lippi*.

Este es *Fra Filippo* y esta es la obra de Castelar. Su representación en la literatura es bien clara: es la del

poema histórico-artístico, que habla á la imaginación y á la inteligencia, que enseña y deleita, pero de una manera, si no desconocida, muy poco empleada; y en este concepto y en el de su originalidad, representa un género nuevo, digno de ser cultivado; pero difícil, espinoso, imposible para la mayor parte de los que escriben, y que ha nacido y morirá con Emilio Castelar.

La tendencia de esta obra es por lo mismo doble; como que se propone abrir una nueva senda á la literatura nacional, fecunda en frutos, aunque llena de accidentes peligrosos, y hermanar la historia con las bellas letras, de modo que, formando armónico conjunto, pierda la una su árida desnudez y gane la otra en utilidad, marchando unidas á un mismo fin, la verdad y la belleza, hijas de Dios, del que dimana todo bien.

Este es el destino del libro, este su fin. Después de esto, ¿será necesario añadir que la forma es brillante, el estilo y el lenguaje inimitables y todo como de quien es? ¿Será menester manifestar que abundan las descripciones magistrales, la pintura de caracteres, el relato de las costumbres, y todo esto impregnado de ese tinte indefinible, de ese vaporoso encanto que flota entre lo maravilloso fantástico y lo sublime ideal, que distingue de todas las demás á las obras de Emilio Castelar?

Después de este desahogo que la justicia estaba reclamando, prosigamos nuestra interrumpida tarea. Este maridaje afortunado del interés novelesco y el religioso, que todos aplaudimos, acaso excitó en *Echegaray* el deseo de llevar al teatro la finalidad político-

religiosa, y, al efecto, ideó un argumento, creó caracteres, urdió la trama y escribió *En el pilar y en la cruz*, llevando al escenario la guerra al fanatismo religioso. Hé aquí la única obra con que vamos á dar fin á esta parte. La escena, en los dos primeros actos, pasa en Bruselas, en el palacio del Marqués.

El conde D. Pedro tuvo una hija, Irene, en unas relaciones adúlteras con una mujer que tenía otra hija, Margarita, de su legítimo marido. Al morir éstos, el Conde recogió las dos hermanas, que viven con él en la casa de su hermano el Marqués, D. Martin de Hoyos. La mujer de éste, acusada secretamente de luterana por su cuñado, en ausencia de su marido é hijo Gonzalo, ha muerto en el suplicio de la Inquisicion, y cuando vuelven éstos juran tomar venganza.

Esto se ha verificado ántes de empezar la accion en escena. Ahora lo que el público ve:

El Marqués y el Conde disputan sobre la Inquisicion, tratando de averiguar el primero quién fué el delator de su esposa; riñen y se separan, dando el Conde un brusco desaire á Margarita; ésta, que como Irene, se halla enamorada de Gonzalo, pregunta al Marqués si su hijo vendrá pronto, y apénas se queda sola, entra el escudero de Gonzalo y la entrega, para que los guarde, unos papeles que comprometen á su amo. Entran los esbirros del Tribunal de la Fe y se llevan preso al escudero. Salen Fray Ignacio y el Conde, y éste le cuenta inoportunamente y á manera de confesion su adulterio, del que fué resultado Irene. Viene Gonzalo;

manifiesta á su padre cómo ha descubierto el sitio en donde está enterrada su madre, con el proceso, en donde consta el delator; se acercan al pilar, abren una puerta, y se lanza en el subterráneo el hijo; en este momento llega el Conde á orar al pié del pilar, y se encuentra sorprendido por el Marqués, y cuando ve abrirse la puerta del pilar y salir á Gonzalo, cae de rodillas á los piés del Marqués; y al preguntar éste á su hijo si sabe quién es el delator, contesta con una mirada de horror dirigida al Conde:

Mira quién hay á tus plantas,

enseñándole el proceso. Padre é hijo lanzan al Conde de casa, el cual se marcha, llevándose á Margarita y dejando á su hija, para que de este modo la ame Gonzalo á Irene tanto como aborrezca á Margarita, aparentemente hija del delator de su padre.

El segundo acto transcurre casi sin interés en su primera mitad. Salazar, escudero de Gonzalo, ignora qué habrá hecho Margarita de los papeles que la entregara, y teme por su señor, y con razon, porque al desmayarse Margarita, el Conde ha recogido los papeles, entregándoselos á la Inquisicion. Irene tiene una entrevista con Gonzalo, en la que se convence de que es inútil todo lo que haga para que olvide á Margarita y la ame á ella. Margarita viene huyendo de los esbirros inquisitoriales que la persiguen; Irene, despues de una escena tierna y conmovedora, la oculta en el pilar. Se presentan el Conde y Fray Ignacio, acompañados de la guardia,

y su tío pone á Gonzalo en el caso de entregar á su amada Margarita, amenazándole con entregar al Rey un pliego por el que será condenado á muerte su padre; con lo que, y llevándose á la infeliz, termina el acto segundo.

El acto tercero sucede á la vista del castillo de Vilvorde. Gonzalo recibe aviso de estar preparados los hombres para el asalto del castillo. Irene, acompañada del Conde, su padre, y Fray Ignacio, camina hácia Vilvorde con intencion de visitar á Margarita; pero en realidad con la de salvarla. Quedan solos Irene y Fray Ignacio en una escena sermonaria. Gonzalo, oculto, da orden á sus bandoleros de que prendan á Irene

ántes de que entre en Vilvorde,
ó al salir de ese castillo,

(¿si sabrá él que va á salir?), como efectivamente lo hace Salazar; pero la deja libre cuando Irene le promete que ántes que amanezca estará ella ó Margarita en poder de Gonzalo. Irene marcha á ver á la procesada con el carcelero. Quedan conversando Velasco, Fray Ignacio y el Conde; despues de contar una historia militar se marchan los dos primeros y queda solo el último. Sale Margarita, y cuando va á unirse al Conde, aparecen los soldados de Gonzalo, que los aprisionan y los llevan. Gonzalo entra en escena cuando se hace la señal para dar el asalto; se dirige al castillo con sus cien hombres. Vencido y desesperado por haber visto á la que él cree Margarita arrojada desde lo alto del muro,

vuelve á aparecer, con ánimo de suicidarse, acto que impiden sus escuderos, incitándole á tomar venganza. Manda asesinar á la que él cree Irene y es Margarita, en su misma prision, y que suelten en la selva al Conde, al cual deberán arrojársele los despojos de su hija. En este momento Margarita sale herida, y se arrodilla ante la cruz; Gonzalo la reconoce, nota su equivocacion y se entrega indefenso al Conde y á Velasco, que entran vencedores. Así termina el drama.

El propósito de *Echegaray* era levantado; mostrar en el teatro, como sitio en que más vivamente se recibe la leccion, las calamidades y desdichas que originan esas intransigencias religiosas, que ninguna moral puede admitir ni tolerar; enseñar á qué extremos conducen los fanatismos religiosos en lo interior de las familias, es un objeto digno del teatro, y que podia haber conquistado á su autor sinceras y universales enhorabuenas. Pero ¿de qué manera ha encarnado tan grandes pensamientos en los elementos dramáticos? Jamás su talento ha estado más inferior á sí mismo, ni más delirante, ni más lleno de aberraciones. Los medios artísticos de que se ha valido *Echegaray* para plantear este pensamiento son detestables, y no hallaremos palabras bastante duras para censurar *En el pilar y en la cruz*, que casi juzgamos digno de glacial silencio.

Las pasiones más protervas en toda su medianía; las grandes aspiraciones, representadas en criminales y sanguinarios caracteres; la inocencia y la virtud, escarnecidas y castigadas; las más santas causas, ahogadas en

arroyos de sangre, sin más razón para su defensa que el exterminio; el odio, la venganza, el bandolerismo y la criminalidad convertidos en medios dramáticos con que se intenta conmover á los espectadores.

Esto es, y no otra cosa, *En el pilar y en la cruz*, si se exceptúa lo noble del propósito y tal ó cual detalle en que, como á chispazos, se ve el genio de *Echegaray*, lo mismo en situaciones que en la expresión de ciertos momentos de afecto, en los que verdaderamente este autor sorprende lo más oculto del alma y su manera de exteriorizarlo. Hay en ella trozos de versificación sobresalientes, parecidos, hermanos carnales, á los de *En el puño de la espada*. Pensamientos bellos y vigorosos. Está bien dicha aquella frase en que prorrumpe Gonzalo en el colmo de la desesperación, por no poder matar á su tío el Conde:

¡Y llevo yo todavía
en mis venas sangre suya!
¡Sólo por verter la tuya
estoy por verter la mía!

Hay amor y belleza en la contestación que da Irene á Fray Ignacio; cuando éste la aconseja que piense en su alma, dice:

FR. IGNACIO. ¡Mujer al fin! ¡Ni escuchas ni comprendes
más que la voz de tu pasión bastarda!
¡Sacrificios de amor! ¡Así son todas!
Y por el alma ¿qué?

IRENE. *¡Si él es mi alma!*

Aparte de esto, veamos las muchas acusaciones que tenemos que dirigir á *Echegaray* por este drama.

La acción está disparatadamente urdida. Pasaría el primer acto si nouviésemos que echarle en cara el poco conocimiento del corazón humano (y más aún de esos corazones tempestuosos) que manifiesta el Conde cuando juzga á Gonzalo capaz de olvidar á Margarita y de amar á Irene porque la prima aparezca hija suya, y la desgraciada manera con que ha presentado una situación que debiera resultar grandiosa. Aquello es débil y chavacano; *Echegaray* que tanto abusa de la sangre, ¿para qué ocasiones deja su derramamiento si en esta no lo emplea? El segundo acto es muy lánguido en su primera mitad. La aparición de Margarita le da animación por un momento; pero termina tan fría y odiosamente que interesa poco al público, si es que no siente repugnancia. El tercer acto aún es más disparatado en el desarrollo de su trama. Disparates mayúsculos son aquella manera de meterse en la boca del lobo, en poder de Gonzalo, el Conde, Irene, Velasco y Fray Ignacio, y dejar abandonada en una noche oscura, y en el campo, á una doncella como Irene; el permitir que ésta vaya sola al castillo de Vilvorde; el conversar sobre tonterías, aquellos tres, para dar lugar á que Irene tenga tiempo de efectuar su cambio con Margarita, y todos los demás disparatados efectos con que termina el drama, sin exceptuar el que Gonzalo abandone al Conde en la selva, en vez de amarrarlo en un calabozo y echarle el cadáver de la que juzgan su hija, ó de ma-

tarlo; y el que el mismo Gonzalo se entregue vivo (pues se ignora si muere de la puñalada que ántes se dió) á sus mortales enemigos, en vez de matarse trágicamente al lado de Margarita.

Caractéres... ¡santo cielo! mejor sería que no los hubiese. ¡Huid vosotras, mártires del amor, admirables pinturas de la abnegacion y del heroismo, Margarita é Irene, únicas sombras celestiales que habitan este antro poblado de trasgos, diablos, fantasmas y demonios, huid de esta mansion para que todo quede negro, hediondo, sangriento y horrible! ¿Qué hareis vosotras, cándidas palomas, entre ese Gonzalo, personificacion de la barbarie, de la venganza, del odio, de la imprudencia, de lo sanguinario; entre ese Conde que sintetiza en sí todas las hipocresías, todas las vilezas, todas las preocupaciones; entre ese Fray Ignacio, reunion de la falsedad, de la mentira, de la hediondez fanática; entre ese Velasco, conjunto de la locuacidad tonta y estúpida de un servidor (con alto empleo) de la Inquisicion; entre ese Marqués, figura decorativa, en el que los impulsos de la venganza son como el vaho con que se empañan los cristales, que desaparece al más leve frotamiento?

¡Ah, *Sr. Echegaray*, *Sr. Echegaray*, qué triste manera de echar á perder un propósito tan levantado! ¡qué medios tan desacertados para hacer odiosos la tiranía, el fanatismo y la preocupacion!

¿No conoce usted, *Sr. Echegaray*, que en esas pasiones extraordinariamente agigantadas hay algo de gran-

dioso, lo único que es permitido llevar al teatro? Hubiera elegido para formar la urdimbre de su obra un hombre virtuoso, intachable, á quien el fanatismo empujara á cometer tales crímenes; un jóven, representacion viva y genuina de la tolerancia, con sus excelentes condiciones de transigencia, caridad, abnegacion y grandeza de espíritu, y entónces la leccion sería verdaderamente provechosa; pero tal como usted los ha elegido, tal como el público los ve en su drama, ¿cree usted, *Sr. Echegaray*, que dará con el propósito del autor, y si da, que es mucho suponer, que preferirá el sanguinario carácter de Gonzalo al perezoso del Conde?

.....
 Callemos. Basta para castigo del poeta lo que llevamos dicho, y para mortificacion de ese público lo que piensan las personas sensatas y entendidas.